



El disidente chino, exiliado en Alemania, evoca en exclusiva para 'La Lectura' su experiencia en prisión

Enfermedad carcelaria

por Liao Yiwu

En 1991 me arrestaron y condenaron a prisión por haber escrito el largo poema *Masacre* a primera hora de la mañana del 4 de junio de 1989, y durante los siguientes cuatro años me arrojaron en cuatro prisiones diferentes. Un día de otoño, cuando estaba en la tercera prisión, un guarda al que le gustaba leer y pensar me dijo: «La cárcel es el agujero de la letrina de la sociedad china, una vez que has caído dentro te puedes olvidar de volver a estar lo suficientemente limpio como para ser humano otra vez».

Me encontraba de cuclillas en el suelo, cual perro, con mis patas delanteras apoyadas en las rodillas. El guarda añadió: «El encarcelamiento es como comer mierda, si lo haces una vez, lo harás una segunda y una tercera. He tratado con muchos reincidentes; al más extraño lo encerraron hasta cinco veces».

Me sentí realmente humillado y me hubiera gustado decirle: «Tú eres quien come mierda». Sin embargo, tras mirar la porra eléctrica en su mano, decidí ir en otra dirección: «Pero eso no incluye a los presos políticos, ¿verdad?».

«Sí, los incluye. A muchos contrarrevolucionarios los han encerrado dos o tres veces. Adictos a subvertir el Estado, eh».

Me puse de pie.

«Vuelve a agacharte».

«No».

«Te estoy ordenando que te pongas en cuclillas».

«Necesito mear».

«Vale, cuando acabes te vuelves a poner de cuclillas ahí».

El guarda silbó mientras esperaba a que volviera. Para evitar el castigo, me apresuré a decir: «Comer mierda no es nada, médicos famosos en tiempos pasados solían probar los excrementos para determinar el diagnóstico; eso sí que era una vida de sabores complejos. Hace más de tres mil años, durante la primavera y el otoño de la dinastía Zhou, los Estados de Wu y Yue se enfrentaron entre sí y Gou Jian, el jefe de Estado vencido, fue encarcelado. Entonces, un día, estando el jefe de Estado ganador, Fu Cha, enfermo en cama, Gou Jian fue convocado a palacio y allí, después de probar la mierda del anterior



y hacer una reverencia, dijo sonriendo: 'Pronto estarás bien. Felicidades gran rey'». Recuerdo los ojos de roedor del alcaide abriéndose hasta alcanzar el tamaño de huevos de paloma, y cómo al cabo de un rato dijo: «¿Y tú eres Gou Jian? Estás bastante enfermo, eh, 099».

Algunos años más tarde me di cuenta de que, efectivamente, estaba bastante mal, y lo llamé «enfermedad carcelaria». Con el tiempo, la enfermedad carcelaria de un convicto se va extendiendo lentamente por sus órganos vitales, esté o no involucrado en política... a menos que uno trascienda la mundanidad y alcance la santidad, que sea un elegido de Dios. No tener relaciones sexuales durante mucho tiempo conduce a la universal aparición de impotencia en las cárceles. Esto genera hambre sexual, hambre de mentira y violencia; además, el desequilibrio endocrino se extiende por el cuerpo, transformándose lentamente en depresión aguda y dando lugar a incontables arrebatos anímicos. ¿A qué médico se puede acudir cuando se tiene esta enfermedad? ¿Y acaso se siente uno enfermo? Recién salido de la cárcel, después de varios años sin vernos, me reencontré con mi ex esposa. No había acabado de abrazarla cuando eyaculé precipitadamente, y nos divorciamos poco después.

Desde Fuling, en lo alto de los márgenes del río Yangzi, pasé a las llanuras de Chengdu, a vivir apretujado con mis ancianos padres. Lla-



LITERATURA Y OPOSICIÓN

Destacado opositor al gobierno, razón por la que sus libros fueron prohibidos

en la República Popular China y fue inscrito en la 'lista negra' del país, Liao Yiwu (Sichuán, 1958) es escritor, músico y poeta. Tras escribir 'Masacre', un

extenso poema que describe las represiones estudiantiles que culminaron en la sangrienta matanza en la plaza de Tiananmén de 1989, Yiwu fue condenado a



EL PASEANTE DE CADÁVERES

Traducción de Leonor Sola Comino.
Sexto piso. 420 páginas. 24 euros.



DIOS ES ROJO

Traducción de María Tabuyo y Agustín López Tobajas. Sexto piso. 256 páginas. 23 euros.



SENTENCIA PÚBLICA A UN CONDENADO. LUGAR DESCONOCIDO. LAOGAI RESEARCH FOUNDATION

me rápidamente por teléfono a mis antiguos camaradas conspiradores, liberados hacía más de dos años. Yo una vez había sido héroe, el audio de la lectura de mi poema en protesta por la masacre de Tiananmén había circulado por más de veinte ciudades. Por suerte, las autoridades tardaron más de nueve meses en resolver el caso: de haberme capturado entonces, seguramente me habrían matado. Ahora se me abría la posibilidad de una nueva vida, pero los verdugos seguían en el poder. En consecuencia, nadie se atrevió a reunirse conmigo en público, pero, algún tipo de recepción privada habría, ¿no?... Pues no, no la hubo, y nadie respondió a mis llamadas de teléfono. Gobernando desde la trastienda, durante su gira por el sur, mientras visitaba la zona económica especial de Shenzhen, el viejo Deng Xiaoping argüía que «la pobreza no es socialismo». De repente, las masas antes patrióticas zarparon en busca de dinero. Y de esta forma yo, un hombre fuera de su época, me convertí en un montón de caca de perro en la acera que todos intentaban esquivar..

A mediados del invierno de 1992, una noche después de cenar en la que la nieve caía como plumas de ganso, Li Bifeng y yo dábamos vueltas al patio interior de la Segunda Brigada en la prisión número 3 de la provincia de Sichuan. Era una superficie del tamaño de una cancha de baloncesto. A nuestro alrededor, otros prisioneros caminaban y charlaban. De repente, una

pareja de presos comenzó a discutir. Las tenues sombras de las montañas oscilaban en la nieve de plumas de ganso y un centinela armado estaba apostado en el segundo piso. Los presos bajaron la voz. Uno era un traficante de personas que dormía en la litera bajo la mía; el otro era el infame líder de una banda que dormía en la litera encima de Li Bifeng, que me contó: «Un fin de semana yo estaba echando una siesta tapado hasta la cabeza. El líder de la banda entró en la habitación buscando al traficante en la litera de abajo. Creyendo que no había nadie más en la celda, sacó un mechero decorado con la foto de una hermosa chica que encendió con un chasquido y, al hacerlo, pude ver cómo la ropa, el sujetador y las bragas desaparecían uno tras otro, dejando a la chica desnuda, sus pezones y vello púbico claramente a la vista. El traficante estaba gratamente sorprendido. Los dos llegaron a un acuerdo en el acto y el traficante cambió seis porciones de carne por el encendedor de la chica guapa».

«A partir de ese momento, y a pesar del peligro, cada vez que tenía la oportunidad el traficante se metía en la cama con el encendedor en la mano izquierda y la derecha preparada para trabajar. Al principio no había reacción ahí abajo y se quemaba el pulgar antes de poder eyacular. Después colocó un recipiente con agua en la cabecera de la cama para refrescarse y para emergencias. En otra ocasión, quemó la colcha y a punto estuvo de causar un incendio, por lo que tuvo que postrarse ante todo el mundo para evitar ser denunciado... Y al final un día, con el mechero a punto de agotarse, habiendo adquirido ya mucha experiencia masturbándose, clic clic, fue a por ello, el cuerpo de la chica apareció desnudo, su dedo aún no se había quemado, y cuando estaba a punto, cuando casi lo había conseguido, la maldita llama se murió. Se sentía físicamente agotado, mareado y aún tenía que hacer cola para la cena. En teoría le tocaba entregar la última porción de carne, pero cuando le llegó el turno no pudo evitarlo y, entre lágrimas, se la comió...».

Las de arriba son notas que tomé para escribir mis memorias carcelarias *Por una canción, cien canciones*. Con la treintena, mi hambre sexual y mi impotencia fueron disminuyendo poco a poco, pero fui perseguido, olvidado, despreciado, y la sensibilidad exacerbada, los sentimientos de represión, la suspicacia y la violencia causados por la burla de la gente se me metieron en la carne y en la sangre, convirtiéndose en parte integral de mi carácter o naturaleza. Me sigo diciendo: «Escribir es una forma de desintoxicación». Dentro y fuera de la cárcel, he grabado cientos de historias. La mayoría de los protagonistas están más angustiados, más amargados y con frecuencia son más suspicaces, desvergonzados y están más desesperados que yo: indago y extraigo el dolor de otros, sus aplastantes derrotas, sus enfermedades carcelarias, y así reduzco un poco mi propia enfermedad carcelaria, y luego un poco más, hasta que el amor **L** y la lástima brotan dentro de mí.

cuatro años de cárcel. Este aterrador paso por prisión lo describe en su libro 'Por una canción, cien canciones', en el que narra, alternando amargura y humor, dolor y

poesía, su lucha contra el desmoroamiento físico y mental, el miedo, la tortura y el hambre que se vive en las prisiones chinas. Cuando finalmente logró salir se

exilió en Alemania, donde reside hasta el día de hoy. En 2012 recibió el prestigioso Premio de la Paz, que otorga el gremio librero alemán en la Feria del Libro

de Frankfurt, en el que destacaron "su rebelión con poder expresivo, su valentía en la lucha contra la opresión política, y por dar voz a quienes fueron reprimidos"